

## **LA CRÍTICA EN EL BANQUILLO: SOBRE *CRÍTICA Y CRÍTICOS* DE JUAN LUIS ALBORG**

Gladys Granata de Egües  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Nacional de Cuyo

En el confuso panorama teórico-crítico de la segunda mitad del siglo XX, cuando cada nueva corriente, tendencia o simplemente idea que se publicaba se convertía en un dogma, apareció en 1991 *Sobre crítica y críticos* de Juan Luis Alborg. Este libro atípico y apasionante, calificado por el propio autor como un “delirio del que solo yo soy culpable”, repasa, discrepa, polemiza o coincide con las ideas de los más calificados estudiosos de la literatura contemporánea. El grueso volumen nació, según confiesa Alborg, de las reflexiones que le suscitaron el aluvión crítico que había venido leyendo en los últimos decenios, de la creciente complicación de los postulados y, lo que es más importante, de la comprobación de la viabilidad (o no, la mayoría de las veces) de las teorías a la hora de funcionalizarlas en sus propios estudios. Dice el autor: “...a medida que se ha producido en nuestro siglo [el siglo XX] el gigantesco *boom* de la crítica, han crecido en la misma proporción las dudas más crueles: en el siglo XIX todo el mundo sabía lo que era la literatura y lo que era la crítica, y para qué servían ambas; en el siglo XX no lo sabe nadie”. (Alborg, 1991: 357)

El propósito de esta exposición es, además de rendir un homenaje al maestro de la historia literaria española, mostrar cómo, cuando hay solvencia y no meras “imposturas intelectuales”, se puede discutir la teoría y la crítica al par que desmitificar los principios que pretenden interpretar los libros desde la oscuridad de lenguajes incomprensibles o de fórmulas matemáticas que nada tienen que ver con la literatura.

Para cualquiera que se haya asomado a los estudios literarios y emprendido la preparación de las materias relacionadas con la Literatura española, el nombre de Juan Luis Alborg remite al punto de partida del estudio de cualquier época o autor hasta finales del Siglo XIX. Profesores y alumnos extrañamos la falta del tomo sobre Galdós y la primera mitad del

Siglo XX. Tal vez lo que más se añore sea el carácter unitario de su obra, su rigor filológico y su estilo personal, polémico, vehemente y a la vez magníficamente documentado que lo llevaba a recoger y comentar las publicaciones más recientes al momento en que escribía cada tomo. Hoy consuela un poco la aparición de la Historia de Mainer que también como la de Alborg es una empresa titánica, pero que tiene para cada volumen que corresponde a las diferentes etapas, distintos responsables y diferentes críticos para cada uno de los artículos.

Juan Luis Alborg, nació en Valencia en el año 1914 y allí se doctoró. En 1961 marchó a los Estados Unidos como profesor de la Universidad de Purdue y, a continuación, en 1977 se trasladó a la Universidad de Indiana, lugar donde vivió el resto de sus días y murió el 6 de mayo de 2010. Escribió sobre él, en la nota necrológica Manuel Martos, editor de Gredos:

Con 95 años, y toda una vida y una carrera académica en Estados Unidos, ha muerto el 6 de mayo Juan Luis Alborg, un hombre excepcional, uno de los últimos mohicanos del exilio de la posguerra civil. Heterodoxo historiador de la literatura, supo, con su verbo afilado y socarrón, apasionado y radical, hacerse un hueco en la historiografía de nuestras letras patrias incomodando a todos, tios y troyanos del hispanismo más casposo, desde las remotas tierras de la muy lejana Bloomington (Indiana), que ya es decir. (Martos, 2010)

Y anota Javier Quiñones Pozuelo:

Era Juan Luis Alborg un crítico a contracorriente, que hacía gala de su independencia a la mínima ocasión que se le presentaba. Así en el prólogo del libro cuya imagen sirve para ilustrar esta entrada [*Hora actual de la novela española II*], escribía el crítico valenciano: "Mi mayor orgullo es no haber llevado jamás en ninguna parte de mi persona, desde la solapa a los jamones (que es donde se graba bien) la marca de ninguna ganadería. Ni aceptado jamás cargo, sinicura o remuneración no procedente de mi absoluto trabajo

profesional. Cosa ésta en la que siempre he puesto muy buen cuidado (2010).

No voy a hacer una enumeración de su vasta obra, solamente dejar anotado que a la *Historia de la Literatura Española* que empezó a publicar en 1966 y que consta de 5 tomos, hay que agregar los dos volúmenes de sus estudios sobre la narrativa española del siglo XX titulados *Hora actual de la novela española*, en los que incluye los nombres de escritores hasta la década del '60, aun de los que comenzaban su carrera literaria por esos años, agregando, además, a los españoles que vivían en el exilio. *Sobre crítica y críticos* pareciera ser un paréntesis temático, por llamarlo de alguna manera, dentro de su producción. Sin embargo representa, una vez más, una atinada síntesis de toda la producción crítica del Siglo XX, más allá de que los nombres que incluye no sean españoles.

A veinte años de su publicación, *Sobre la crítica y críticos*, que tiene como sugestivo subtítulo "*Historia de la literatura española. Paréntesis teórico que apenas tiene que ver con la presente historia*", no ha merecido, que yo haya encontrado, el sesudo estudio que se merece, al margen de reseñas, conceptuosas unas y ácidas y condenatorias, otras. El subtítulo al que aludí antes hace alusión a la empresa de vida del autor, la escritura de su monumental *Historia de la literatura española* que decidió interrumpir para publicar este grueso volumen en el que, según sus palabras "a manera de reclamo", analiza detalladamente las corrientes teórico-críticas del siglo XX, "la lóbrega selva" que, como demuestra a lo largo de las más de mil páginas del libro, conoce muy bien. Aprovechando la respuesta favorable del público que habían tenido los tomos de su Historia, le pidió a los editores que se lo incluyera como uno más de la serie. En la "Aclaración" introductoria explica:

Aparecido este volumen en distinta serie o lugar, corría mayor riesgo de pasar inadvertido entre el torrente incontenible de libros de crítica que se publican cada jornada. Pero es el caso que sobre el ansia natural que alimenta todo escritor de ser leído, tenía yo esta vez un suplemento un suplemento de deseo de que lo fueran estas páginas, y si los

volúmenes anteriores habían alcanzado alguna notoriedad, quería servirme de ella...Presionados por mi insistencia, mis editores han aceptado al fin que este *Paréntesis teórico* viaje en el mismo flete que los volúmenes restantes. Y entiendo que ha contribuido a persuadirles la razón que anida en el fondo mismo de todo este problema y que quiero dejar bien clara en apoyo de mi disculpa, es decir: que este volumen no es tan ajeno a los primeros como parece que acabo de admitir. (Alborg, 1991:9-10)

Como se advierte, él mismo puntualiza que la naturaleza de estos escritos tiene continuidad con su tarea (es un tomo más de su Historia, no integrado numéricamente) y agrega que su intención, que nació como la de escribir una “novela de las caballerías literarias” que remedara las que provocaron la locura quiijotesca, es contar el por qué se ha resistido a comulgar con las tendencias de moda al momento de abordar los textos de creación que ha estudiado. Además, escribir esta obra, de la manera que fuese, era una forma de conjurar la desazón en que lo tenía sumido la lectura de la teoría:

*/.../ yo no soy novelista, ni poco ni mucho y la novela imaginada no pasó de una fantasía como la misma que me hubiera gustado novelar. Pero me dejó con la urgencia de descargarme como fuera de ese fardo angustioso que llevaba también camino de enloquecerme a mí, y el libro que ha resultado en lugar de la novela, el que dentro de mi intención la sustituye, viene en buena medida contagiado de sus hechuras. (Alborg, 1991:10)*

De la intención inicial (la de ser el protagonista enloquecido por la teoría de una aventura semejante a la del Quijote), el libro conserva la modalidad narrativa, el desenfado del lenguaje al punto que su autor lo considera “una novela de la crítica contemporánea”. Él se transformará en un erudito caballero andante, y el *villano* al que va a perseguir a lo largo de sus páginas, es la pretendida intención de muchos (que van a tener nombre y apellido) de encorsetar la literatura en los bretes

del cientificismo con un lenguaje oscuro y un propósito, en su ideario, incomprensible; y agrega: “Si convenzo al lector de dónde están y quiénes son los malandrines perpetradores de las caballerías literarias y me ayuda a lanzarlos por las ventanas del corral, quedaré satisfecho de lo que aquí he dejado dicho con bastante ironía y no mucho respeto” (Alborg, 1991:12-13). ¡Qué cerca de aquellas palabras de Cervantes cuando en el prólogo de la primera parte de su Quijote declara: “derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más”!

Con un guiño zumbón, Alborg invita a los lectores a adentrarse con él en el bosque enmarañado de los estudios literarios con la promesa de ir abriendo camino, a través de las glosas y citas de los más conspicuos estudiosos de la literatura, con sus interpretaciones y sus críticas, siempre referidas con un tono coloquial que no desdeña el humor y la ironía. Así como el Quijote es una parodia de las novelas de caballería, *Sobre crítica y críticos*, será parodia también, no ya en el contenido compuesto por una inteligente síntesis de los libros de teoría literaria más usados y comentados del Siglo XX, que serán rigurosamente revisados, explicados e ilustrados con numerosísimas citas de los volúmenes originales, sino en la forma y en la manera de presentar los temas.

Aunque sostiene que la crítica es un rompecabezas y no importa con cuál pieza se lo comience a armar, (“/.../la crítica literaria es un *puzzle* de innumerables piezas, y podemos comenzar a componerlo por una esquina cualquiera; con suerte y paciencia acabará saliendo el dibujo; el dibujo, por supuesto de ese caótico desacuerdo”), Alborg propone un ordenamiento más o menos diacrónico que a veces se desvía atraído por lo temático.

El libro está compuesto por una “Aclaración”, las “Palabras liminares” que tienen un subtítulo que vale la pena citar: “En donde se insinúa, a modo de prólogo, que la definición de la literatura está escondida en el cuarto oscuro de Barba Azul; y se confirma que quienes antes que nadie debieron descubrirla, confesaron sencillamente que ignoraban dónde estaba”. Le siguen cuatro capítulos divididos en 22, 13, 74, 28 y 8 apartados respectivamente. Hay que anotar que la numeración de los apartados del capítulo IV no es corrida, sino que contiene

subdivisiones impuestas por el tema tratado y el nombre de cada uno. Es una verdadera creación literaria. Emulando otra vez a su inspirador Cervantes, Alborg titula cada entrada a la manera del *Quijote* y con eso logra, más allá de la intención lúdica de la construcción de las frases y los anacronismos lingüísticos, que el lector sepa de antemano el sendero que va a transitar. Sirvan como muestra los siguientes ejemplos:

Cap. I: “En el que expertos zahoríes salen en busca de la codiciada definición, y uno tras otro se vuelven de vacío”.

Ap. 1 del Cap. I: “De cómo Robert Scholes bucea en las entrañas de la supuesta literariedad, para informarnos al final que es sólo una entelequia”.

Ap. 3 del Cap. I De cómo Di Girolamo entierra, inmisericorde, la literariedad, después de destriparla y reducirla a polvo”.

Ap. 1 del Cap. III “En donde hacemos comparecer a Jonathan Culler, corneta mayor del estructuralismo en Norteamérica”.

Desde el punto de vista del contenido, la revisión que se propone hacer Alborg arranca con el cuestionamiento de los que han pretendido definir la literatura de una vez y para siempre, de los que han querido establecer la naturaleza de lo literario enumerando y sistematizando las condiciones que debe reunir un texto para ser considerado como tal; en fin, de los que han proyectado construir una ciencia literaria lo más parecida posible a las naturales o a las exactas.

Con paciencia de orfebre, nuestro caballero andante va hilvanando todas las definiciones y categorizaciones de numerosos críticos, desde Scholes, hasta Wellek, pasando por Todorov, Austin, Di Girolamo, Jakobson, Stanley Fish y muchísimos más, que echando mano a la lingüística, a la historia, a las ciencias duras, al método de las transacciones, a los actos de habla, han tratado de aislar como en un microscopio los componentes esenciales del texto literario, sus constantes y variables, aunque la explicación que den para justificar el hallazgo deje notables resquicios y no satisfaga del todo. Es cierto que en la actitud de Alborg al analizar estos temas hay acidez y hasta sorna, pero también es cierto que sus análisis son

minuciosos, fundados y, más allá de coincidir o no con él, despliega ante el lector un vastísimo panorama de libros y de autores, con su acostumbrada solvencia intelectual.

Seguramente los peor tratados en el volumen por su voluntad cientificista son los formalistas; a ellos dedica el segundo capítulo de su estudio donde traza la historia del movimiento, desde sus antecedentes futuristas hasta la conversión de Todorov cuando pasa del criterio inmanentista a la crítica que denomina *dialógica*, y, después analiza cada uno de los presupuestos de la teoría. Vale la pena transcribir el epígrafe referido a la evolución del pensamiento de Todorov: “El formalismo ruso setenta años después. De cómo un heredero de los formalistas reniega de su linaje y, convertido en fiscal, los sienta en el banquillo y los somete a riguroso interrogatorio” Decía que esa historia (la del formalismo), como así también la teoría, están oportuna y abundantemente ilustradas con citas de sus teorizadores y de aquellos que, como Trotsky, adivinan la separación irreconciliable que estos estudiosos están planteando entre la literatura y la sociedad. Alborg parte de la premisa de que el formalismo fue el iniciador de la “utópica pretensión de definir la literariedad, la esencia y límites de la literatura”, olvidándose de que la obra literaria se entiende en sus circunstancias y no sólo por sí misma. Sostiene:

Los formalistas habían declarado repetidamente, con segura arrogancia y a pleno pulmón, su firme propósito de desconectar la literatura de toda realidad social, de todo suceso histórico o vida humana /.../ Su aislamiento era radical; ya no se trataba siquiera de torres de marfil, sino de un laboratorio aséptico, congelado, cerrado, sin ventanas, aislado y remoto, protegido de todo contagio, como los actuales recintos de ciencia atómica. (Alborg, 1991:309)

A pesar de su desacuerdo, no desdeña los aportes que significan los postulados del formalismo, al que le concede el descubrimiento de estratos de la obra ignorados o desatendidos con anterioridad; pero se opone a considerarlos en forma absoluta o dogmática y agrega con su personal estilo y sus ingeniosas metáforas:

Pero no parece lo mismo estar persuadido de que la literatura es un rancho aparte (contra toda evidencia, por supuesto, pero que en todo caso cohonestaría la decisión del crítico) o creer que está efectivamente revuelta con todo lo demás, y tapiar, no obstante la puerta a cal y canto para que no se oiga el ruido de la calle. Legítima como puede ser desde el punto de vista científico, parece claro que se trata de una postura cómoda, que elimina complicaciones. (Alborg, 1991: 310)

El estructuralismo, “el *boom* que por bastantes años ha producido más ruido” y la semiótica serán seguidamente interrogados, junto con Jonathan Culler al que dedicará mayor espacio y atención que a ningún otro crítico de los que aparecen en el volumen, aunque las razones de tan repetida presencia están más cerca de la condena que de la alabanza. Dice Alborg:

/.../ leer su libros en el orden en que han sido publicados, es como estar suscripto al *Vogue* para saber el tipo de falda que se lleva en cada temporada. En el “momento culminante” del estructuralismo..., Culler hizo gemir las prensas con *Structuralist Poetics* y con un volumen sobre Saussure. Cuando la semiología comenzó a pisarle los talones al estructuralismo, Culler publicó *The Pursuit of Signs*. En el momento en que el posestructuralismo parecía adueñarse del terreno, Culler lanzó un volumen sobre la deconstrucción. Si queremos saber qué movimiento, escuela o sistema ha de venir detrás del *post*, no tenemos más que aguardar al próximo libro de Culler. (Alborg, 1991: 357)

No escapan de su aguda mirada y afilada crítica, la teoría de la recepción, los postulados de Derrida y el deconstruccionismo. El volumen se cierra con un largo capítulo dedicado a Umberto Eco y sus teorías sobre el lector. Huelga decir, que estos temas están tratados con la misma profundidad y el mismo estilo que los reseñados anteriormente.

Antes de cerrar, quiero destacar la lúcida denuncia que hace Juan Luis Alborg de las presiones que la demanda tecnocrática ejerce sobre la enseñanza de la Literatura, obligando a sus profesionales a comportarse como comerciantes de ideas que han de publicar libros y artículos, dar conferencias, organizar simposios y publicar antologías porque en ello les va su estabilidad profesional, cuando no alguno que otro plus de productividad; en segundo lugar, obligándolos a revestir sus trabajos de rango científico para adquirir honra y provecho en los cuadros universitarios.

### **Conclusión**

No voy a recoger los hilos de lo que he dicho, solamente - y tomando las palabras del maestro como lección- diré que lo más importante de este libro y de la postura crítica que ha hecho escuela de nuestro autor es que “sólo podemos aprender lo que es la Literatura zambulléndonos en la Literatura”, y que la tarea insoslayable de la crítica es la interpretación: “Sin recurrir a la interpretación, ni podemos dar un paso en la vida ni entender palabra de Literatura”.

### **Bibliografía**

Alborg, Juan Luis (1991). *Sobre crítica y críticos. Historia de la literatura española. Paréntesis teórico que apenas tiene que ver con la presente historia*. Madrid, Gredos.

Martos, Manuel. “Juan Luis Alborg, heterodoxo historiador de la literatura”, *El País*, 14 de mayo de 2010, disponible en [http://www.elpais.com/articulo/Necrologicas/Juan/Luis/Alborg/heterodoxo/historiador/literatura/elpepinec/20100514elpepinec\\_3/Tes](http://www.elpais.com/articulo/Necrologicas/Juan/Luis/Alborg/heterodoxo/historiador/literatura/elpepinec/20100514elpepinec_3/Tes)

Quiñones Pozuelo, Javier (2010). “En el adiós a Juan Luis Alborg”, *De ahora en adelante*, disponible en <http://jquinyonesblog.blogspot.com.ar/2010/05/en-el-adios-juan-luis-alborg-el-pasado.html>